

«¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?»

La importancia de tener a María por madre nuestra

P. Gustavo Lombardo, IVE
Charla a la comunidad hispana · Arquidiócesis de Toronto

I. Veinticinco años buscando a su madre

En 1986, en un pueblo del centro de la India, había una mujer que se llamaba Fatima. Cargaba piedras para ganarse la vida. Tenía cuatro hijos. Uno de ellos, el más chico, se llamaba Saroo y tenía cinco años.¹

Una noche Saroo acompañó a su hermano mayor a una estación de tren. El hermano le dijo que lo esperara sentado en un banco. Saroo se quedó dormido. Cuando se despertó no había nadie. Buscó a su hermano, vio un tren detenido, se subió, y se volvió a dormir.

Ese tren estaba vacío. Y arrancó. Y no paró durante catorce horas. Cuando las puertas se abrieron, ese chico de cinco años estaba a mil quinientos kilómetros de su casa, en Calcuta, en una ciudad donde no hablaban su idioma. No sabía el apellido de su madre. No sabía el nombre real de su pueblo. Solamente sabía decir «Ginestlay», que era como él pronunciaba el nombre de su barrio, y nadie entendía qué quería decir.

Vivió en la calle. Durmió sobre cartones en una estación. Sobrevivió. Terminó en un orfanato, y de ahí lo adoptó un matrimonio australiano, los Brierley, que se lo llevaron a Tasmania. Creció allá. Tuvo una buena educación, hoy es un hombre de empresa. Pero se pasó la adolescencia y la juventud entera con la misma pregunta clavada: ¿dónde está mi mamá? ¿Estará viva? ¿Sabrá que la busco?

De grande empezó a buscar con Google Earth. Calculó cuántos kilómetros se pueden recorrer en catorce horas de tren, dibujó un círculo alrededor de Calcuta, y se puso a mirar estaciones desde el aire, una por una. Tardó cinco años. Hasta que un día reconoció un andén de estación. Y después una cascada. Y después una calle.

En febrero de 2012 se bajó de un auto en Ganesh Talai, y le preguntó a un vecino por una familia. Y el vecino lo llevó a una casa. Y de esa casa salió una mujer de cincuenta y dos años. Habían estado veinticinco años separados.

II. Todos necesitamos una madre

Y es que todos necesitamos conocer a nuestra madre. Todos necesitamos tener relación con nuestra mamá. No es fácil la vida de quien, por una circunstancia u otra, no tiene eso; y sabemos cuán importante es una madre para nosotros.

¹La historia está tomada del libro autobiográfico del propio Saroo Brierley, *A Long Way Home* (2013), llevado al cine con el título *Lion* (2016), y de las entrevistas publicadas por CNN, The Columbian y Fox News.

Los psicólogos le pusieron un nombre a esto, en 1964. Le dicen «**desconcierto genealógico**». Es lo que le pasa al que no sabe de dónde viene. Y fíjense que no lo definieron como falta de información: lo definieron como un conflicto de identidad. Porque saber de dónde venís no es un dato del documento: es parte de saber quién sos. El que no sabe de quién es hijo, tiene un problema para saber quién es él.

Un bebé de dos días de vida no ve casi nada. No entiende una sola palabra. Pero si le hacen escuchar la voz de su madre y la voz de otra mujer, elige la de su madre. Se comprobó en un laboratorio: le pusieron un chupete conectado a un sensor, y el bebé aprendió a chupar con un ritmo especial, porque así conseguía que sonara la voz de su mamá. Trabajaba para escucharla. Y lo más impresionante: funcionaba también con bebés que casi no habían estado con su madre después de nacer. O sea que eso no lo aprendió afuera. Lo trajo de adentro.

Antes de ver, antes de hablar, antes de entender nada, el ser humano ya está buscando a su madre.²

Y esto que decimos de la vida natural lo tenemos que decir también de la vida sobrenatural. Porque la gran noticia —que ya la conocemos todos, no voy a decir nada nuevo, pero quiero recordarlo— es que tenemos una mamá. Una mamá en el cielo que también está aquí: nuestra madre, la Santísima Virgen.

¿Qué quiere decir «mamá»?

Quiero leerles algo que escribí hace diez años, suponiendo hipotéticamente que una persona pierde la memoria y el conocimiento de todas las cosas y nos pregunta qué es una mamá. Traté de esbozar una respuesta, que seguramente ustedes pueden hacerla mejor que yo, sobre todo las que son madres.

«Mamá»³... dos sílabas que encierran *tanto... tanto...* que no alcanzarían los libros de la tierra para poder explicarlas. Pero haré mi mejor intento.

Mamá es la persona que, después de Dios, te ha dado más que ninguna otra para que seas lo que eres.

Durante nueve meses te dio de su sangre, de su alimento, de su misma vida... de algún modo «partió» en dos su existir para compartirlo contigo.

Ella te esperó y deseó verte a cada instante de esos nueve meses en que estuviste en su vientre; escuchó con emoción el latir de tu corazón y estuvo más que atenta a cada uno de tus movimientos.

Al darte a luz, sería imposible explicar la alegría que sintió al poder tenerte en sus brazos, y darte los más tiernos besos y caricias.

²«Los recién nacidos criados en salas colectivas que permiten un contacto materno mínimo también pueden distinguir entre sus madres y otras personas y, más aún, trabajarán para producir la voz de su madre antes que la de otras mujeres».

A. J. DeCasper y W. P. Fifer, «Of human bonding: newborns prefer their mothers' voices», *Science* 208 (1980), pp. 1174-1176. Traducción propia. El estudio se realizó en el Departamento de Psicología de la Universidad de Carolina del Norte en Greensboro (EE. UU.).

³ En el blog: <https://verbo.vozcatolica.com/quiere-decir-mama/>

Ella fue quien veló tu sueño y, despierto en tu cunita, con sus sonrisas, cantos y mimos te hizo sentir cuánto vales y que no hay nadie en el mundo más importante para ella que tú... Y ¿sabes? Aunque tenga mil hijos, cada uno percibe lo mismo de *mamá*... Sí, sí, es difícil comprenderlo... te lo dije al comenzar.

Tu primera palabra fue, justamente, «*mamá*», y de ella la aprendiste... Desde ahí en adelante, la repetiste miles de veces, la llamaste en todo momento: en tus necesidades, en tus miedos, en tus alegrías... Siempre brotaba espontáneamente esa dulce palabra «*mamá*», entre lágrimas o entre risas... Y aún hoy, si te cerca un gran peligro o angustia, desde el fondo de tu corazón no será otra palabra la que repitas... y si pudieras, te abrazarías y esconderías detrás de ella como cuando eras pequeño.

Fue sobre todo por ella que comenzaste a caminar... y así como siguió atentamente tus primeros pasitos, no dejó de acompañarte día a día todos los pasos que has dado en tu vida.

Te festejó cada cumpleaños como la más importante de las fiestas, aun cuando tú no entendías qué pasaba a tu alrededor.

En tus enfermedades fue ella tu mayor consuelo, día y noche, haciendo lo indecible para aliviar tu dolor.

Ella te repitió una y mil veces las lecciones que más te costaban y las aprendió mejor que tú.

No dormía hasta que llegabas de tus fiestas y, aun grande como estabas, sabías que antes de dormirte no faltaría ese, el más cariñoso de los besos.

Te vio crecer y también te vio partir... No podría explicarte aquí lo que sufrió aquel día... Y aún hoy tus visitas son su mayor alegría, tus mensajes su mayor consuelo y tus llamadas el mayor alivio de su corazón.

¿Qué más puedo decirte? No ha habido tristeza tuya que no haya sentido ella con mayor dolor aún, ni alegría que hayas experimentado que no haya sido para ella el mayor de los gozos. Y así como el vientre materno te ha protegido esos nueve meses, así también el amor de tu madre ha sido la invisible protección, cuidado y alimento durante toda tu vida.

Ella es quien daría por ti la vida, sin dudarlo un instante, y si tuviera que verte morir, no habría para ella dolor más grande.

Y una cosa más: ella, desde pequeño, te enseñó a rezar... y te dio a conocer a otra *Madre*. ¿Te dije que no sería fácil hablar de *mamá* y de su amor? Bueno... casi infinitamente más difícil es hablar de esa otra *Mamá* que todos tenemos, la *Mamá de Jesús*, la Madre de Dios. Unir el amor de todas las madres del mundo y compararlo con el amor de María es comparar un grano de arena con todas las playas del mundo, una gota de agua con todos los mares.

Por eso, cuando vayas recordando todo lo que significa «*mamá*», piensa siempre que tienes otra «*Mamá*» que también —iy mucho más!— te ama, cuida y protege; y trata de referir a ti mismo —¡porque así es en verdad!— estas palabras que Ella dirigió a San Juan Diego:

*Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna. **¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás por ventura en mi regazo?***

Nican Mopohua, nn. 118-119.

Por eso, cuando, en ese recordar a tu «mamá» de la tierra, vaya brotando de tu corazón el más tierno de los amores, no dejes entonces de elevarlo —¡y tanto más si puedes!— a la Madre de Dios, la Madre «del amor de los amores», que afortunadísimamente es también tu Madre... y la mía.

La niña en brazos de su madre

Y así es: tenemos una madre, y no siempre somos conscientes de todo lo que eso implica en nuestra vida.

Recién, cuando llegamos, nos recibió Diana con su pequeña Katherine en brazos. La nena hoy estaba con más necesidad de mamá que otros días, porque no andaba bien de salud —con mamitis aguda, me dijo la madre—. Y se la veía tan tranquila ahí, tan contenta, tan feliz, en los brazos de su madre.

Nosotros, grandes, necesitaríamos exactamente lo mismo. No podemos hacerlo así, tal cual. Pero sí podemos hacerlo, y mejor, con María Santísima: sentirnos y sabernos verdaderos hijos de la más tierna de las madres. Esa es la idea que voy a repetir de una manera o de otra a lo largo de toda la charla, porque es una idea que también me la repito a mí mismo. Siempre podemos profundizar. Siempre podemos amarla más a María. Siempre podemos ser mejores hijos y reconocer cada vez más que ella es verdaderamente nuestra madre.

III. Dios quiso una Madre para Él

Tan grande y tan hermosa es la cosa de tener una madre, que Dios quiso tener una. Jesús podría haber aparecido aquí con treinta años, o con los que fuera, y ponerse a predicar: para Dios no hay nada imposible. Y sin embargo quiso una madre. Ni Dios se privó de eso.

Y como tuvo una madre, la hizo hermosísima. Hay una frase acuñada en la teología mariana: de María nunca se dice bastante. Nunca se predica de María, nunca se habla de María, nunca se la ama lo suficiente. Siempre se puede más. ¿Por qué?

Porque, como dice San Antonino y lo recoge San Luis María Grignon de Montfort en su Tratado de la verdadera devoción:

Dios Padre juntó todas las aguas y las llamó mar; y juntó todas sus gracias y las llamó María. Esa es la llena de gracia.

Tratado de la verdadera devoción, n. 23.

Tenía tantos encantos secretos, tanta belleza, que el mismo San Luis María cuenta que San Dionisio Areopagita, si no hubiera sabido por la fe quién era María, la habría confundido con una divinidad⁴.

Santo Tomás se hace una pregunta incómoda en la Suma Teológica: ¿podía Dios hacer las cosas mejor de como las hizo? Una tierra más hermosa, criaturas más perfectas. Y

⁴ Citado en Tratado de la verdadera devoción, n. 49.

contesta que sí. No por el modo de hacer —Dios lo hizo todo con todo su amor y toda su sabiduría, no puede obrar con más—, sino porque ninguna criatura, por grande que sea, alcanza jamás a Dios: siempre hay más arriba. Siempre. Salvo en tres casos: la humanidad de su Hijo, que no pudo ser más perfecta; la visión beatífica en el cielo; y su Santísima Madre.⁵

Por eso, toda la perfección y toda la belleza que Dios puede comunicar a una criatura, eso está en María. No hay nada más divino dentro de lo humano que María. Nada más hermoso, nada más perfecto. Y, en lo que venimos diciendo, nada más tierno y nada más amable que María, después de Dios, por supuesto, porque estamos hablando de lo creado.

«En realidad, hay una sola persona en toda la humanidad de la que Dios tiene un único retrato, y en la que hay una conformidad perfecta entre lo que Él quiso que fuera y lo que ella es: su propia Madre. La mayoría de nosotros somos un signo menos, en el sentido de que no llegamos a colmar las altas esperanzas que el Padre celestial tiene sobre nosotros. Pero María es el signo igual. El Ideal que Dios tuvo de ella, eso es ella, y en carne y hueso».

Fulton J. Sheen, *The World's First Love* (1951), cap. 1 «Love Begins with a Dream», p. 5. Traducción propia.

Y esa Madre nos la regaló

Ahora bien: al elegir Jesús tener una madre, nos regaló también a nosotros esa madre. Y esa es una noticia maravillosa.

Nos la regaló cuando se encarnó. Si bien al pie de la cruz Jesús lo declara solemnemente, María es nuestra madre desde su sí, desde su fiat. Porque al decirle sí a Dios para ser la madre de su Hijo, la madre de Dios encarnado, María queda hecha madre de todos aquellos que están unidos a ese Dios encarnado; y esos somos nosotros, que por el bautismo somos otros Cristos.

«Todos los verdaderos hijos de Dios y predestinados tienen a Dios por Padre y a María por Madre; y quien no tiene a María por Madre no tiene a Dios por Padre».

Tratado de la verdadera devoción, n. 30.

«Si la paternidad tiene su prototipo en el Padre celestial, que es el dador de todos los dones, entonces algo tan hermoso como la maternidad ciertamente no puede quedar sin su Madre original, cuyos rasgos de belleza toda madre copia en diverso grado».

Fulton J. Sheen, *The World's First Love* (1951), cap. «The Madonna of the World», p. 188. Traducción propia.

IV. «¿No basta con Jesús?»

Podríamos preguntarnos ahora lo que es una objeción propia del mundo evangélico, al que le cuesta esta verdad de María y de la importancia que tiene para nosotros: ¿de verdad necesitamos una madre? ¿Acaso Jesús no es suficiente?

⁵«La humanidad de Cristo, por estar unida a Dios; y la bienaventuranza creada, por ser fruición de Dios; y la Bienaventurada Virgen, por ser Madre de Dios, tienen una cierta dignidad infinita, procedente del Bien infinito que es Dios. Y por este lado no puede hacerse nada mejor que ellas, así como nada puede ser mejor que Dios».

Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 25, a. 6, ad 4.

Primero: el orden no se toca

Dejemos claro lo que ya sabemos. El mediador entre Dios y los hombres, el mediador de Redención, es Jesús, y no hay otro, y no habrá otro. Nadie se salva sino por Jesús. Quizá una persona que no lo ha conocido, que no ha escuchado el Evangelio y vive según su conciencia, se puede salvar; pero se salva por Jesús. Nadie entra al cielo sino por Jesús. «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos», dice la Escritura. Y de eso nosotros no tenemos ninguna duda.

Hechos de los Apóstoles 4, 12.

Ahora bien: que haya un mediador de Redención no quita que pueda haber una mediadora de intercesión, es decir, una mediadora ante el Mediador. Y esa es María.

*«Para ir a Jesús, es preciso ir a María: **nuestra mediadora de intercesión**; para ir al Padre Eterno, es menester ir a Jesús: es nuestro **mediador de Redención**».*

Tratado de la verdadera devoción, cap. II, art. IV.

Segundo: el camino que Dios eligió

Dios eligió un camino para venir a nosotros; usemos nosotros el mismo camino para ir a Él. Vino por María. Y así como en el orden natural necesitamos a papá y a mamá —necesitamos a los dos—, así también en el orden sobrenatural.

Dice San Luis María, citando a San Agustín, que el mundo, por su pecado, no era digno de recibir directamente al Hijo de Dios de manos del Padre; por eso Dios se hizo hombre y nos redimió en María y por María, que era Inmaculada, que no tenía pecado.

«Siendo indigno el mundo, dice San Agustín, de recibir al Hijo de Dios inmediatamente de manos del Padre, Él lo ha dado a María a fin de que el mundo lo recibiese por Ella».

Tratado de la verdadera devoción, cap. I, art. I.

Y pensemos también que los dos primeros milagros de Jesús los hizo por María. El primer milagro moral fue la santificación de San Juan Bautista en el vientre de Santa Isabel: lo hizo por María, que fue quien llevó a Jesús. La primera misionera fue María. Y treinta años después, el primer milagro de naturaleza, convertir el agua en vino, también lo hizo por María, en las bodas de Caná.

Y dice San Luis María —a quien estoy siguiendo sustancialmente en esta charla— que Jesús continúa haciendo lo mismo. Y de hecho lo vemos: cuánta gente se convierte por María, cuántas apariciones marianas, cuánto hace María por el bien de la Iglesia, por el bien de su Hijo y por el bien nuestro.

Tercero: el argumento de la humildad

La necesitamos también por humildad. Sin duda que Jesús nos recibe. Pero si tenemos que ir a hablar con una persona importante —un rey; ahora no hay reyes, pero ya me entienden—, buscamos a alguien que nos ayude a llegar hasta ella. ¿Por qué? Porque nos sentimos pequeños ante esa autoridad. ¿Cuánto más para acercarnos al Rey de reyes y Señor de señores? ¿Cuánto mejor hacerlo por María? ¿Cuánta humildad supone eso?

«Es más perfecto, porque es más humilde, no acercarnos a Dios por nosotros mismos, sin tomar un mediador. [...] Descuidar esos mediadores, y acercarse directamente a Su Santidad sin recomendación alguna, es carecer de humildad, es carecer de respeto hacia un Dios tan alto y tan santo; es hacer menos caso de este Rey de reyes que el que se haría de un rey o de un príncipe de la tierra, a quienes no nos querríamos acercar sin algún amigo que hablase por nosotros».

Tratado de la verdadera devoción, cap. II, art. IV.

Es más: cuando estemos con Jesús, cuando recemos, no estemos nunca solos. Hagámoslo con María. Pensemos hipotéticamente que nos retrotraemos dos mil años en el tiempo y tenemos que ir a visitar a Jesús. ¿Qué preferimos: estar solos con Él, o que esté María? ¿No sería mucho mejor que esté María? ¿No va a interceder ella mucho más? ¿No va a decir las palabras que nosotros no sabemos decir? ¿No fue ella nuestra abogada, la que salvó —por así decirlo— a los novios de Caná? Así tenemos que tratar de hacer: que esté nuestra Madre cuando estamos con Jesús, cuando rezamos. No puede sino ayudarnos, y no puede sino alegrar al Señor, porque donde está María, obviamente, Jesús está mucho más cómodo.

Una vez llegó una mujer a una consulta médica. Empezaron a hablar y el médico le preguntó de qué religión era. Ella le dijo que era evangélica. Y él le dijo:

—Yo los quiero mucho a los evangélicos. Lo que no me gusta es que no la quieren a María, nuestra madre. Nosotros la queremos tanto.

—Mire —le dijo ella—, yo vengo acá a hacerme atender por usted. ¿Qué podría hacer su madre por mí?

—Ella no la puede atender —contestó el doctor—, porque el que estudió soy yo, el médico soy yo.

Pero enseguida le dio vuelta el argumento:

—Imagínese que usted llega tarde, no tiene turno, está muy enferma, y no tiene dinero para pagar ni la consulta ni los medicamentos. Y resulta que en la sala de espera pasa mi mamá, y usted se da cuenta de que es mi mamá, y le suplica que interceda ante mí. Le puedo asegurar que, por amor a mi mamá, yo la voy a atender y le voy a dar todos los medicamentos que hagan falta sin cobrarle absolutamente nada. Porque un deseo de mi mamá es una orden para mí.

Bueno: eso hace María ante Jesús por nosotros. Por eso tenemos que tener tanta confianza en ella. Porque, además de ser con nosotros tiernísima, es la madre del Todopoderoso.

Cuarto: honrar a María no le quita nada a Cristo

El último argumento que podemos dar es tratar de evitar esa falsa dialéctica, esa contraposición que en algún momento de la vida puede parecernos real. Le sucedió a San Juan Pablo II.

Hemos tenido la gracia enorme de tener un Papa tan mariano; no sé si habrá habido otro Papa tan mariano como él. Y era devoto de María desde muy pequeño. Cuando él nació se escuchaban las campanas llamando al rezo de las vísperas en honor de la Virgen, y su madre le pidió a la partera que abriera la ventana, para que el primer sonido que escuchara su hijo al salir de su vientre fuera un sonido mariano. Cuando tenía casi nueve años murió su madre, y su padre lo llevó ante una imagen de la Virgen en un santuario

muy importante, el de Kalwaria Zebrzydowska —que siendo Papa visitó nueve veces—, y le dijo: «Ella ahora es tu madre». Y así la tomó. De joven estuvo en el grupo del Rosario Viviente de su parroquia.

Y sin embargo, a los dieciocho años, empezó a tener esta duda: ¿no será que mi amor a la Virgen le quita algo de amor a Jesús?

Y providencialmente —Dios hace las cosas así siempre: o nos ilumina directamente, o nos manda una persona que nos diga una palabra, sobre todo cuando estamos buscando la verdad y no nos quedamos de brazos cruzados— fue un sastre, Jan Tyranowski, que se había hecho cargo del grupo del Rosario Viviente de la parroquia del barrio de Dębni, en Cracovia, quien le dijo que leyera este libro: el Tratado de la verdadera devoción a María Santísima. Y eso le quitó todo escrúpulo. Se dio cuenta de que no solamente María nos lleva a Jesús, sino que Jesús también nos lleva a María.

Y me atrevo a decir que no tendríamos un San Juan Pablo II sin ese librito. Aquel librito chiquito y azul que llevaba en el bolsillo tenía gotitas de soda cáustica, porque para no ser deportado trabajaba en una cantera y en una fábrica de soda cáustica, y después siguió trabajando siendo ya seminarista clandestino. Lo leía a ratos, ahí, en medio del trabajo. Tanto amaba ese libro. No tendríamos un San Juan Pablo II si no fuera por su amor a la Virgen.

Nosotros tenemos que entender lo mismo:

«Nunca se honra más a Jesucristo que cuando se honra más a la Santísima Virgen, puesto que no se la honra sino a fin de honrar más perfectamente a Jesucristo, puesto que no se va a Ella sino como al camino para encontrar el término al cual se va, que es Jesús. [...] La Santa Iglesia, con el Espíritu Santo, bendice a la Santísima Virgen la primera, y a Jesucristo el segundo: benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui Iesus. No porque la Santísima Virgen sea más que Jesucristo o igual a Él, lo cual sería una herejía intolerable; sino porque para bendecir más perfectamente a Jesucristo es menester antes bendecir a María».

Tratado de la verdadera devoción, cap. III, art. I.

V. ¿Qué devoción tenemos que tener?

Y como somos buenos hijos de María, ¿qué clase de devoción tenemos que tenerle? Siguiendo también aquí a San Luis María, digamos que tiene cinco marcas.

1 • Interior

«La verdadera devoción a la Santísima Virgen es interior, es decir, que parte del espíritu y del corazón, que viene de la estima que se hace de la Santísima Virgen, de la alta idea que se ha formado de sus grandezas, y del amor que se le tiene».

Tratado de la verdadera devoción, cap. III, art. I.

Es decir: la devoción no empieza en las manos. Rezar el Rosario está muy bien, está perfecto. Pero empieza en el corazón. Tengo que tener un amor interior a María, tengo que conocerla.

Y tenemos que tener presente en qué mundo vivimos. Lo decía Georges Bernanos, un pensador francés, hace ochenta años: **«no se comprende absolutamente nada de la**

civilización moderna si antes no se admite que es una conspiración universal contra toda especie de vida interior». Y ahora es peor.

Georges Bernanos, *La France contre les robots* (1947).

Si no busco tener vida interior, momentos de oración, momentos de lectura espiritual — empezando por tomar cierta distancia del celular; a veces lo usamos para leer y para cosas buenas, pero si no le sacamos las notificaciones no se puede—, es muy difícil. Tenemos que tener vida interior. Y desde ahí, desde algo interno, tengo que empezar a amar a María. A mi mamá de la tierra no puedo amarla simplemente porque le llevo un regalito: es desde el corazón.

2 • Tierna

Y esto lo leo despacio, porque es lo que más pega, por así decirlo, y lo que más toca el tema que estamos hablando, que es tener conciencia de que María es nuestra madre.

*«Es tierna, es decir, llena de confianza en la Santísima Virgen como de un niño en su buena madre. Hace que un alma recurra a Ella en todas sus necesidades de cuerpo y de espíritu, con mucha simplicidad, confianza y ternura; implore la ayuda de su buena Madre **en todo tiempo, en todo lugar y en toda cosa:***

*en sus dudas, para que se las aclare;
en sus extravíos, para ser enderezada;
en sus tentaciones, para ser sostenida;
en sus debilidades, para ser fortificada;
en sus caídas, para ser levantada;
en sus desalientos, para ser animada;
en sus escrúpulos, para ser librada de ellos;
en sus cruces, trabajos y reveses de la vida, para ser consolada.*

*En fin, en todos sus males de cuerpo y de espíritu, María es su recurso ordinario, **sin temor de importunar a esta buena Madre y de desagradar a Jesucristo**».*

Tratado de la verdadera devoción, cap. III, art. I.

¿Hacemos así o no? ¿Como hace un niño con su madre? Nadie puede imaginarse que una pequeñita de tres o cuatro años se caiga al suelo y se ponga a pensar: «¿será conveniente que ahora yo le diga a mi madre que me caí y que me duele y que me golpeé aquí?». ¿Qué niño piensa así? Larga un grito, llora, llama a su mamá. No hay ningún reparo. Así tenemos que hacer con María.

Contaba un misionero, compañero de curso mío, que está en un lugar muy complicado, que una vez cayó una bomba cerca. Y dice: «Cuando cayó la bomba me tiré al suelo y pensé en mi mamá». Tenía cuarenta años. Así hay que hacer con la Virgen Santísima: pensar en ella en todo momento.

3 • Santa

Uno puede pensar que una de las cosas que nos hace no recurrir tanto a María, o a Jesús, son nuestros pecados. Y es cierto que por un lado tenemos que luchar contra el pecado: no podemos ser amigos del pecado y amigos de María. Por eso, qué hermoso es ver la fila de la confesión y ver a tantos confesándose. Bendito sea Dios.

«La verdadera devoción a la Santísima Virgen es santa, es decir, que lleva a un alma a evitar el pecado y a imitar las virtudes de la Santísima Virgen, particularmente su humildad profunda, su fe viva, su ciega obediencia, su oración continua, su mortificación universal, su pureza divina, su ardiente caridad, su paciencia heroica, su angélica dulzura y su sabiduría divina».

Tratado de la verdadera devoción, cap. III, art. I.

4 • Desinteresada

«Es desinteresada, es decir, que ella inspira a un alma a no buscarse a sí misma sino a Dios solo en su Santa Madre. Un verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Reina por espíritu de lucro y de interés, ni para su bien temporal ni eterno, corporal ni espiritual, sino únicamente porque Ella merece ser servida».

Tratado de la verdadera devoción, cap. III, art. I.

5 • Constante

Que luchemos contra el pecado no quita que caigamos; y tampoco quita que tengamos que seguir recurriendo a ella, como el niño con su mamá. Por eso San Luis María dice que la devoción tiene que ser constante, es decir, recurrir a María en todo tiempo. Y aquí habla de las dos dificultades que tenemos: cuando estamos en pecado, o nos sentimos en pecado; y cuando no sentimos la devoción sensible, cuando rezamos y no sentimos nada. Son los dos momentos en que generalmente nos enfriamos, si no ponemos un acto fuerte de voluntad con la gracia de Dios. Y no tiene que ser así.

«Esto no quiere decir que no caiga y que no cambie alguna vez en la sensibilidad de su devoción; pero si cae, se vuelve a levantar tendiendo la mano a su buena Madre; si le acaece estar sin gusto ni devoción sensible, no se inquieta por ello; pues el justo y el devoto fiel de María vive de la fe de Jesús y de María, y no de lo que siente el cuerpo».

Tratado de la verdadera devoción, cap. III, art. I.

El justo vive de la fe, dice la Escritura. Si no tengo ganas de rezar, no importa: tengo fe. Tengo fe en que ella es mi madre, en que me quiere, en que está siempre presente, en que soy su hijo. Y haciéndolo así, y con más fuerza todavía que antes —como enseña San Ignacio para los momentos de desolación, hacer la contra, hacer un poquito más—, ese momento se va a pasar más rápido.

«Me miraba con reproche»

Les leo un pedacito de una carta de San Maximiliano María Kolbe, que se llamaba a sí mismo el loco de la Inmaculada. Escribe desde Japón a sus compañeros que están en Europa:

*«Muy queridos hijos: escribiéndoos en japonés y demostrándoos que soy capaz de expresarme en esta lengua, me he dejado llevar por un gesto de vanidad. Enseguida he sentido que se afloja mi lazo con la Inmaculada, y **al sentarme delante de su estatua he creído que me miraba con reproche, ¡y hasta con cólera!***

*Hijos míos muy amados: **no deis jamás paso a ese sentimiento.** Cuando os sintáis culpables, aunque sea de un pecado grave, plenamente consciente y*

repetido, no os dejéis arrastrar por el desaliento. Confíaos a María, contadle vuestra falta, sin examinarla, sin analizarla.

*Toda falta, aunque sea grave y repetida, solo debe suponer para nosotros un nuevo escalón hacia una perfección mayor. La Inmaculada nos permite caer para curarnos del amor propio, del orgullo, para dirigirnos hacia la humildad. **En tales circunstancias, el diablo, por el contrario, busca que se insinúe en nosotros la falta de confianza y el desaliento, que no son otra cosa que una nueva manifestación de orgullo.***

Si fuéramos plenamente conscientes de nuestra miseria, no nos asombrarían nuestras faltas, sino el hecho de no haber caído aún más bajo y con mayor frecuencia... por lo que daríamos gracias a Dios. Sin la gracia divina y la misericordiosa ayuda de María, no existe pecado que no seamos capaces de cometer».

San Maximiliano María Kolbe, en André Frossard, No olvidéis el amor. La pasión de Maximiliano Kolbe, Ediciones Palabra, Madrid 2010⁶, pp. 107-108.

Repito: no deis jamás paso a ese sentimiento. El sentimiento de que la Virgen no lo quería, de que estaba enojada con él, de que lo miraba con reproche. ¡Miren qué distinto piensan los santos de como pensamos nosotros! Si fuera por mí, habría caído peor, sería más malo. Gracias, Señor, por no haberme dejado caer tanto. Gracias, María.

VI. Dos cosas concretas

Para no dejar esto en el aire, y para ir de a poquito, dos cosas concretas.

1 • Consagrarse a la Santísima Virgen

Lo primero que les recomiendo vivamente, si no lo han hecho, es consagrarse a la Santísima Virgen María. ¿Cómo se hace? Leyendo el libro de San Luis María Grignion de Montfort, que no es de lectura difícil —un poco barroco, decía el Papa Juan Pablo II, pero no es difícil—. También pueden ayudarse de un grupo: aquí veo a los Heraldos del Evangelio, que lo hacen muy bien, y en internet hay preparaciones para la consagración.

Nosotros también acompañamos a quien quiera hacerla: durante un mes se va enviando el material de San Luis María con alguna explicación, y a veces hacerlo en grupo ayuda. Quien quiera puede escribirme a info@ejerciciosespirituales.org, o entrar en ejerciciosespirituales.org, donde hay un icono de WhatsApp que también se contesta.

Consagrarse a María es hermosísimo y ayuda mucho. Todo lo que estoy diciendo aquí es una pizca de lo que está allí, tan hermosamente dicho por el santo. Él nos va a enseñar que consagrarnos a la Virgen es entregarnos a Jesucristo, pero de la mejor manera: es recorrer el camino para llegar a Cristo, pero el camino más fácil, más seguro y más corto. Y es llevar hasta el extremo los votos del bautismo.

Porque si nosotros viviéramos según nuestro bautismo, seríamos santos. En el bautismo —lo hayamos hecho de grandes, o nuestros padres y padrinos en lugar nuestro— estamos diciendo que queremos ser santos, que rechazamos el pecado, al demonio y todas sus obras, y que seguimos a Jesucristo. Eso es el bautismo. Por eso decía San Juan Pablo II que preguntarle a un catecúmeno si quiere recibir el bautismo es preguntarle si quiere ser santo: es la misma pregunta. Y hablaba también de cuánta potencia queda aletargada en

el alma de tantos bautizados. Así como un niño está llamado a crecer y hacerse adulto porque tiene en su naturaleza todo lo necesario —solo necesita alimento, abrigo y aire para respirar; toda su energía está ahí—, así en el bautismo hemos recibido toda la fuerza, todo el poder de Dios para llegar a ser santos. Y sin embargo nos cuesta, y caemos.

Entonces San Luis María nos trae una manera de vivir mejor el bautismo, que renueva sus votos:

«Esta devoción podría muy bien ser llamada una perfecta renovación de los votos o promesas del santo Bautismo. [...] Se renuncia al demonio, al mundo, al pecado y a sí mismo, y se da uno totalmente a Jesucristo por las manos de María».

Tratado de la verdadera devoción, cap. IV, art. II.

Y pone un ejemplo hermosísimo y muy fácil de entender. Siguiendo a San Agustín dice que María es el molde de Dios: Dios se hizo hombre, y se hizo hombre en un molde, un molde divino, que es la Virgen. Entonces, al consagrarnos, nos entregamos totalmente a ella, nos vaciamos en ese molde que es ella, y quedamos moldeados a imagen de Jesucristo.

«Hay gran diferencia entre labrar una figura de bulto a golpe de martillo y de cincel, o formarla vaciándola en un molde. Los escultores trabajan mucho en labrar las figuras del primer modo, y emplean en ello mucho tiempo; pero para hacerlo de la segunda manera, trabajan poco y emplean breve tiempo. San Agustín llama a la Virgen molde de Dios, el molde propio para formar y moldear hombres divinos. El que es echado en este molde divino, bien pronto queda formado y modelado en Jesucristo y Jesucristo en él. [...] Mas ten presente que no se echa en el molde sino lo que está fundido y líquido; es decir, que es menester fundir y destruir en ti al viejo Adán para que llegues a ser el nuevo en María».

Tratado de la verdadera devoción, cap. VII, art. III.

Hacer una imagen a cincel y martillo lleva mucho tiempo, es más costoso, y la imagen recibe golpes: puede haber un error y saltar una parte. En cambio, en un molde es más fácil: se echa el material, se endurece, y ya está. Así también con nosotros. Es más fácil, no hay peligro porque ella nos cuida, y es la manera más segura de que eso termine bien y de que nos parezcamos más a Jesús.

Ese es el primer consejo. Ojalá los que no estén consagrados se consagren a María; y los que ya lo están, que renueven la consagración. Eso ayuda muchísimo. Se puede hacer cada año, y también día a día, con una pequeña jaculatoria.

2 • Rezar el Santo Rosario

Y la otra cosa concreta es el rezo del Santo Rosario. Sin duda que lo rezarán; a lo mejor no todos los días, pero la idea es rezarlo todos los días.

Tuvimos una gracia enorme, y relativamente reciente: en Fátima se apareció la Santísima Virgen y nos pidió a todos que rezáramos el Rosario. Nunca había pasado algo así. A Sor Lucía, la pastorcita que quedó viva, le preguntaron por qué la Virgen habría pedido el Rosario todos los días y no la Misa todos los días. Y ella, después de pensarlo bastante, dijo que para ella es porque no todo el mundo puede ir a Misa todos los días —a veces por el trabajo, por esto o por aquello, no se puede—, pero todo el mundo sí puede rezar el Rosario.

¿Qué excusa somos capaces de ponernos a nosotros mismos para decir que hoy no tuvimos tiempo de rezar el Rosario? ¿Veinte minutos? Aunque sea tres misterios aquí y dos allá. El Rosario se puede rezar haciendo otras cosas, sobre todo trabajos manuales, cuando no hay otro tiempo mejor. ¿En qué se nos va el tiempo?

Dice San Bernardo que si piensas en María no te equivocas. Nada mejor que pensar en ella. Y cuando mejor pensamos en ella es con el Rosario, porque pensamos también en Jesús desde los ojos y desde el corazón de María.

Y si se puede, mejor todavía en familia. A veces no se puede, pero es algo a lo que habría que apuntar. San Juan Pablo II, hablando de la oración en familia, decía:

«Pocas actividades influyen tan profundamente en una familia como la oración en común. La oración en familia abre el corazón de cada miembro al Sagrado Corazón de Jesús y ayuda a que la familia esté más unida en sí misma y más dispuesta a servir a la Iglesia y a la sociedad».

San Juan Pablo II, citado en la Introducción de PATRICK PEYTON, *All for Her*.

Conocerán seguramente al padre Patrick Peyton, un sacerdote irlandés que estuvo en Estados Unidos y en muchos otros lugares predicando el Rosario en familia. Su meta era llegar a millones de hogares. ¿Y dónde lo aprendió? No en un libro de teología del seminario: en su familia. Él rezaba el Rosario de pequeño todos los días con su papá y su mamá; era algo que no podía faltar.

Hasta tal punto que, siendo adolescente, se fue a trabajar un verano a casa de una familia amiga de la suya. El primer día se hizo tarde, llegó la noche, y él esperaba en su habitación pensando: «ahora el padre nos va a reunir y vamos a rezar el Rosario». Pasaban los minutos y no pasaba nada, hasta que el hombre entró a saludarlo para que se durmiera. No lo podía creer. No podía creer que una familia no rezara el Rosario todos los días. Y se pasó los días siguientes pensando cómo le decía a ese hombre que tenía que rezar el Rosario. Le daba vergüenza, no se animaba. Finalmente, cuando el hombre lo llevaba de vuelta a su casa y ya estaban cerca, se animó. Él lo cuenta así: «prediqué con muchos nervios, ni sé lo que dije». Fue su primer sermón sobre el Rosario. Y le dijo a aquel padre de familia que rezara el Rosario todos los días. Después se enteró de que ese hombre lo estaba haciendo.

La frase la conocen muy bien: la familia que reza unida permanece unida. ¿Cuántas familias habrá salvado esa frase? La mía, sin duda. De pequeño yo la oía repetir sin saber de quién era, y se rezaba el Rosario. Y no creo que hubiera terminado unida mi familia sin ese Rosario. No lo creo.

Dificultades siempre hay. Si queremos que la familia mejore, hay que rezar. Si no, ¿de dónde vamos a sacar fuerza? ¿De dónde vamos a sacar luz? ¿De dónde vamos a sacar amor? ¿De dónde? De nosotros, no. San Alberto Hurtado, el santo chileno, a quien le tengo mucho cariño, citaba al conde De Maistre, que decía: «yo conozco el corazón de un hombre honrado, y es espantoso». Nosotros podemos decir lo mismo: si nos dejamos llevar por algunos sentimientos que tenemos, al menos por momentos, somos muy malos. Pero no hay que hacerse tanto problema, porque con la gracia de Dios podemos no hacerle caso a esas cosas, y amar de verdad, y olvidarnos de nosotros mismos. Por eso tenemos que rezar: sin la gracia de Dios no podemos.

«El Rosario ha salvado al mundo en el pasado, y lo volverá a salvar salvando a la familia. El Rosario en familia es un modo práctico de fortalecer la unidad de la vida familiar, tan fácilmente debilitada por el modo moderno de vivir».

Patrick Peyton, *All for Her*.

«La familia es el tesoro más grande que posee la tierra. Dios es el tesoro más grande del cielo. El Rosario es el eslabón de acero que tiene el poder de unirlos a ambos para el tiempo y la eternidad».

Patrick Peyton, *All for Her*.

«¿Y no es repetir siempre lo mismo?»

Queda la objeción que a veces se escucha: que el Rosario es repetir y repetir y repetir. Primero, el Rosario hay que meditarlo, hay que pensar en la vida de Jesús. Y después: esa repetición tampoco es mala.

Una vez una mujer evangélica, que estaba con su novio, le dijo a monseñor Fulton Sheen —que era un enamorado de María— que ella no entendía eso de repetir, que a alguien que le repite tanto las cosas no le cree. Y él le preguntó al novio si la quería. «Claro que la quiero». «¿Cuándo fue la última vez que se lo dijiste?». «Hace una hora». «¿Y alguna otra vez antes?». «Sí, anoche, y otras veces; se lo vivo diciendo». Entonces se dio vuelta hacia ella y le dijo: «no le creas, lo repite mucho».

«La hermosa verdad es que no hay repetición en “te amo”. Porque hay un nuevo momento del tiempo, otro punto en el espacio, las palabras no significan lo mismo que en otro tiempo o en otro lugar. [...] El corazón toma una sola expresión, “te amo”, y al decirlo una y otra vez, nunca repite. Es la única noticia verdadera del universo. Eso es lo que hacemos cuando rezamos el rosario: le estamos diciendo a Dios, a la Trinidad, al Salvador encarnado, a la Santísima Madre: te amo, te amo, te amo».

Fulton J. Sheen, *The World's First Love* (1951), cap. «Roses and Prayers», pp. 212-213. Traducción propia.

A nosotros no nos cuesta decir un «te quiero» o un «te amo» a las personas que amamos; y a ellas tampoco les molesta escucharlo. Eso es lo que hacemos con el Ave María: es lo más hermoso que podemos decirle a la Virgen.

Cuenta San Alfonso María de Liguorio, en otro libro hermosísimo, *Las glorias de María*, que la Virgen se apareció una vez a una devota con un manto lleno de flores. Ella le preguntó qué eran esas flores. «Son las oraciones de mis devotos», le dijo la Virgen. «¿Y esas rosas, más bonitas que las demás?». «Esas son las Ave Marías». Cada Ave María es una rosa para la Virgen. Por eso se llama Rosario.

Cierre: la Madre que no se fue

Decíamos al principio que Saroo volvió a su casa después de veinticinco años. Mucho mérito el suyo, buscando a su mamá. Pero hay una cosa no poco importante, y es que la mamá estaba ahí. Su madre nunca se fue de esa casa. Nunca.

Y no fue fácil quedarse. Trabajó primero juntando piedras y después como empleada doméstica, con muchas dificultades. Un hijo suyo, que tenía una mejor situación económica en otra ciudad, la invitó a irse con él. Y ella no. No se fue. Estaba esperando a su hijo.

Pues bien: nuestra Madre nunca se va. Siempre está. Y la prueba la tenemos en que hubo un lugar del cual ella no se fue nunca. Y cuando digo nunca parece que fueran muchos años, pero fueron tres horas. Solo que nosotros, todos juntos, juntando todos los dolores de nuestra vida, no vamos a sufrir lo que ella sufrió en esas tres horas. Ese lugar fue el pie de la cruz.

Hay un himno en latín que dice: *Stabat Mater dolorosa iuxta crucem lacrimosa*. Traducimos: «estaba la Madre dolorosa junto a la cruz, llorando». Pero la traducción se queda corta, porque *stabat* viene de un verbo que quiere decir estar firme, estar plantado, estar en pie como una columna —de ahí viene nuestra palabra «columna»—. Por eso no ha habido criatura más fuerte que esa divina mujer, si se me permite llamarla así, en ese momento. No hay fuerza humana que resista un dolor semejante sin desvanecerse, sin gritar, sin desesperar por su hijo. Ella lo aceptó calladamente, de pie.

Y ahí fue cuando, con tanta solemnidad, Jesús declaró algo que ya sabíamos desde la Encarnación, aunque no lo supiéramos del todo: que ella es nuestra madre.

Es hermosísimo ese pasaje. Dice San Juan que estaba Jesús en la cruz y que al pie de la cruz estaba *su* madre —su madre, la madre de Jesús, claro—. Pero después, en el momento decisivo, el evangelista ya no dice «su madre»: dice *la* madre. Empieza a nombrarla como la madre de todos. Y a ella le dice «mujer», no «madre»: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Estaba haciendo, por así decirlo, un último acto de desprendimiento, hasta de su madre. Y nadie duda de esta interpretación: Juan estaba haciendo las veces de cada uno de nosotros. «Ahí tienes a tu madre».

Ojalá pudiéramos ponernos de verdad en ese lugar, nosotros, con nuestros pecados. Juan no era inmaculado; había pecado también, también lo había abandonado a Jesús, está en el Evangelio. Después volvió. Pero no se escondió, no dijo «yo soy un pecador» y se apartó. Recibió esas palabras que a Jesús le costaban horrores, porque no podía hablar, porque no podía respirar, porque tenía que hacer fuerza sobre los clavos y ponerse en punta de pie —como una bailarina— para incorporarse un poco y sacar el aire. ¿Cómo no vamos a querer esas palabras? Escuchémoslas de labios de Jesús en ese momento, y hagamos lo que hizo Juan.

La traducción más común dice que «desde aquel momento Juan la recibió en su casa». No está mal, pero no es la más exacta. Antiguamente se entendía que el sentido primero era ese —que la cuidara— y que el otro, hacerla madre de todos, era secundario, aunque también verdadero. En los últimos siglos la mariología ha invertido el orden: el sentido principal es que ella es madre de todos. Porque, de hecho, Juan no podía cuidarla: Juan tenía que salir a predicar, como Jesús mismo lo había hecho dejando a María. Y la traducción más fiel es que la recibió entre sus cosas propias, entre sus cosas más queridas. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros: recibir a María en nuestro corazón.

«El cristiano, como el apóstol Juan, “acoge entre sus cosas propias” a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior».

San Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, n. 45.

Y no espera a una multitud: te espera a ti.

«Es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre una relación única e irrepetible entre dos personas: la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre. Aun cuando una misma mujer sea madre de muchos hijos, su relación personal con cada uno de ellos caracteriza la maternidad en su misma esencia. En efecto, cada hijo es engendrado de un modo único e irrepetible».

San Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, n. 45.

Termino con una anécdota muy corta. San Juan Pablo II dedicaba dos horas al día a escribir, y escribía siempre a mano. En cada hoja de todo lo que escribió —las encíclicas y todo lo demás— ponía unas palabras arriba. En una hoja: *Totus tuus ego sum*. En la siguiente: *et omnia mea tua sunt*. En la siguiente: *accipio te in mea omnia*. En la siguiente: *praebe mihi cor tuum*. En la siguiente: *Maria*. Y volvía a empezar. Ya lo hacía instintivamente.

Es decir, en cada página que escribió le estaba diciendo a la Virgen: soy todo tuyo, María, y todas mis cosas son tuyas; te he recibido entre mis cosas más queridas —lo del texto del Evangelio—; dame tu corazón, María.

*Totus tuus ego sum,
et omnia mea tua sunt.
Accipio te in mea omnia.
Praebe mihi cor tuum, o Maria.*

Esa es la gracia que le pedimos a ella en este día.

Y ahora nos preparamos para la Misa. Así como en la Misa se hace presente, se actualiza y se perpetúa el mismo sacrificio de la cruz, así como al pie de la cruz estuvo María, así está ella al pie del altar. El padre Pío la veía; nosotros no la vemos, pero con fe le pedimos siempre que nos ayude a participar de la Misa, a entregarnos con Cristo al Padre para la mayor gloria de Dios.

Ave María Purísima...